

DEL ASCENSO DEL POPULISMO. UNA APROXIMACIÓN A LA TEORÍA POLÍTICA DE YASCHA MOUNK

*José Manuel Orozco Garibay**

RESUMEN: El objetivo de esta nota es explicar por qué fracasa el liberalismo en casi todo el mundo. El ascenso del populismo no tiene signo ideológico específico, de modo que el sello populista se refiere a la idea de gobiernos autoritarios, centralizadores, contrarios a la globalización comercial, enemigos de la separación abierta de poderes y, desde luego, intolerantes a la crítica. Hacer ver algunas causas es imperativo si se pretende que se revierta ese ascenso populista.

PALABRAS CLAVE: democracia, liberalismo, redes sociales, tecnócratas.

OF THE RISE OF POPULISM. AN APPROACH TO
THE POLITICAL THEORY OF YASCHA MOUNK

ABSTRACT: The objective of this note is to explain why liberalism fails almost everywhere. The rise of populism has no specific ideological sign, so that the populist stamp refers to the idea of authoritarian, centralizing governments, opposed to commercial globalization, enemies of the open separation of powers, and certainly intolerant of criticism. To bring out some causes is imperative if this populist rise is to be reversed.

KEYWORDS: democracy, liberalism, social media, technocrats.

RECEPCIÓN: 5 de junio de 2019.

ACEPTACIÓN: 14 de enero de 2020.

DOI: 10.5347/01856383.0136.000299531

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

DEL ASCENSO DEL POPULISMO. UNA APROXIMACIÓN A LA TEORÍA POLÍTICA DE YASCHA MOUNK

Introducción

146

La pobreza de tres cuartas partes de la humanidad, la concentración de la riqueza en el 1% de la población mundial, los problemas de corrupción, así como las políticas orientadas a formas democráticas que traicionan el sentido de la ideología de partido y los programas políticos han masificado el desinterés en la representación política y su importancia.

En un primer momento explicamos de manera general algunas causas del surgimiento del populismo en la agonía de la democracia liberal. Resaltan ahí los problemas que ha acarreado el gobierno de los técnicos, que desde luego olvidaron las premisas liberales. Finalmente, con el

desarrollo de las nuevas tecnologías y la desigualdad social veremos cómo la tecnología está al servicio de las élites. Los pobres son expulsados de las bondades del progreso. En consecuencia, fenómenos como las migraciones, el terrorismo, el cambio del clima, el hambre, la violencia, orillan a millones a buscar líderes que ofrecen resolver todos los problemas mediante una idea de nacionalismo poderoso. En otro momento, analizamos aspectos como la economía, la inmigración y su geografía, la informalidad en la democracia, las redes sociales y su papel en las elecciones, y el grave problema de la neutralidad ideoló-

gica en el contexto del retorno nacionalista de la demanda del líder mesiánico.

Democracia liberal en crisis

En su magnífico libro *El pueblo contra la democracia*,¹ Yascha Mounk² explica las razones por las que el mundo está viviendo un retorno a los modelos políticos de corte autoritario. Lo que se conoce como populismo está presente en Estados Unidos, en Europa, en Latinoamérica, y es un fenómeno que parece poner en evidencia el fracaso del liberalismo. Las llamadas democracias liberales entran en una fase de agonía. El presagio es sumamente preocupante. No solamente en la medida en que líderes sin conocimiento ni experiencia llegan al poder, sino porque es el pueblo el que elige a esos líderes, que al tener tanto apoyo popular destruyen las bases de la democracia que los llevaron al poder. Se trata de una democracia que lleva al poder a líderes que aniquilan la democracia liberal gracias a la cual ocupan el cargo de mando supremo.

¹Yascha Mounk, *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, trad. por Albino Santos Mosquera (Barcelona: Paidós, 2018).

²Yascha Mounk (Múnich, 1982), catedrático en la Universidad de Harvard, es un importante politólogo germano estadounidense especializado en la crisis de la democracia liberal y el populismo. Es autor de *The age of responsibility* (2017) y *Stranger in my own country* (2014).

Mounk distingue entre democracia liberal, democracia iliberal, liberalismo sin democracia y dictadura. La democracia liberal tiene un ejemplo claro en el caso de Canadá. La democracia iliberal se ejemplifica en el caso de Polonia. El liberalismo no democrático está representado en la Unión Europea. Y la dictadura es clara en Rusia. Conceptualmente, la democracia liberal se apoya en la separación de poderes, el voto universal, la economía de mercado y la transparencia. La democracia iliberal sustenta el poder en el voto de la gente, pero una vez en el poder el líder suprime la separación de poderes, la libre expresión, y adopta un discurso estatista, con un programa de regulación del mercado. El liberalismo no democrático se refiere al mercado, los intercambios comerciales entre diversos países, pero sin representación de las bases nacionales. En la Unión Europea lo que hay es mercado, un Parlamento que no representa a los ciudadanos de las naciones involucradas, y ganancias para sectores opulentos. Por eso es liberalismo no democrático.

En la llamada dictadura o autocracia, ejerce el poder un mando fuerte (quizá originado en las urnas), que suprime la separación de poderes, la libertad de expresión, el régimen de partidos y los derechos de las minorías, y que muestra una tendencia a perseguir la disidencia por medios

militares y policíacos. Es habitual que el componente nacionalista extremo esté presente. Eso indica que las formas democráticas se van perdiendo. Uno de los elementos que dan cuenta del problema es la pobreza, y otro, la ignorancia de la mayoría de la población. Es claro que si no se tiene empleo, educación, el interés por leer periódicos, informarse, hacer crítica y escuchar la crítica, defender un proyecto político se convierte en una ficción. Es decir, ante la creciente desigualdad social asciende la masa popular de los llamados “marginales”. Pero el ascenso de esa masa es, al mismo tiempo, el ascenso de la indiferencia por las formas democráticas. Lo que se espera es el retorno del líder que salve a todos de la situación de desventaja, aludiendo a un enemigo externo (terroristas, migrantes) que pone en riesgo el desarrollo de la nación.

A la luz de lo anterior, la pregunta es por qué retorna el populismo al mundo. En un análisis fino, se debe recordar que la democracia liberal clásica tiene un formato que en la mayor parte del mundo está perdiendo sentido. Solemos entender que la democracia liberal parte de elecciones libres, directas y universales. Hay un sistema de partidos con ideologías definidas y en franco juego de competencia. La separación de poderes es clara. Las instituciones sociales (segu-

ro de vida, seguro de desempleo, servicios de salud, educación y seguridad) funcionan eficientemente. La rendición de cuentas es transparente. La economía de mercado permite el acceso a los bienes de la mayor parte de la población. Las clases medias se fortalecen. El medio ambiente se cuida. Los derechos son tutelados por el Estado. El derecho a la libertad, a la propiedad y a la expresión forma parte de un sistema de vida. Todos los individuos saben que si trabajan obtienen los beneficios que resultan del esfuerzo. La democracia liberal no riñe con la globalización, antes al contrario, se vale de ella. Así, las preferencias de los políticos no dependen de ellos ni de las decisiones que toman, sino de la representación que ostentan respecto de su electorado. Las preferencias del electorado se ponen en acción por medio de los políticos. Eso es lo que hace que el gobierno esté cerca de los gobernados. A eso se le conoce como gobierno responsable y no gobierno responsivo. El gobierno responsivo solamente engaña a la gente, promete lo que no cumple, y en nombre del electorado gobierna de acuerdo con las preferencias de los políticos.

Sin embargo, las élites en el poder se han ido alejando de los gobernados, de tal suerte que la distancia entre unos y otros (gobernantes y gobernados) elimina el sentido de la represen-

tación. En el caso de Estados Unidos, la llegada de Donald Trump al poder, significó justamente eso: una élite decide que gobierne Trump para defender sus intereses en nombre de los del pueblo, al que finalmente no responde. Los ricos enquistados en los sectores corporativos y financieros acaparan la riqueza nacional, mientras millones viven con sueldos cada vez más precarios. La movilidad social se hace lenta. La clase media disminuye, crecen los problemas de inseguridad, faltan los servicios médicos y educativos de calidad al alcance de las mayorías. Eso causa que los gobernados se sientan alejados del gobernante. Además, el populista suele ser mentiroso. Todo en su discurso habla del beneficio de la gente, culpa a extranjeros (inmigrantes o terroristas) de la pobreza del pueblo y refuerza un sentido de nacionalismo. La gente le cree al populista que promete resolver todo. La fórmula es sencilla: buscar un culpable, hablar de la nación fuerte, decir que habrá empleo y cero impunidad. El populista es capaz de mentir con mucha facilidad porque las élites del sistema y los políticos viven de cuotas, negocios, compromisos que se hacen con los dominantes y dueños de la riqueza. En ese sentido, la política se ha corrompido. En materia económica el mercado ya no ofrece reglas claras de competencia. Muchos ciudadanos no pueden

comprar bienes que son caros. El desempleo crece. Entonces, el sentido de tener que esforzarse para alcanzar un estatus deja de valer en nuestros días. La democracia iliberal lleva al poder, por medios electorales, a esos Trump, Kosinski en Polonia, Chávez en Venezuela, pero también Le Pen en Francia, que casi gana la presidencia de ese país. Son ejemplo de líderes que obtienen democráticamente el mando para suprimir las formas liberales. Lo que instauran son regímenes autoritarios. Transgreden la constitución, pasan por encima de los otros poderes a los que tienden a controlar, desconocen a los medios de comunicación, protegen sus economías y refuerzan el nacionalismo xenófobo.

El presunto daño neoliberal

Es claro que el neoliberalismo, o liberalismo democrático, basó sus premisas en un gobierno de técnicos, que reducen el Estado al mínimo. Suprimen las medidas benefactoras para la sociedad, que ve perder esos derechos que se consideraban intocables. El salvaje sistema de competencia solamente beneficia a los mejor situados, que poseen fortunas que les permiten seguir acumulando, mientras los sindicatos se deterioran o desaparecen. La brecha entre los que tienen y los que menos tienen se ahonda. El pueblo

comienza a desconfiar de esos econométricos en el poder. La globalización es vista como muy perniciosa, puesto que abre los mercados a competencias en las que los locales más medianos pierden. Eso va generando una escisión entre los que tienen, que son pocos, y los demás. Un resto de profesionistas que no acceden al poder, quedan fácilmente desempleados y no encuentran trabajo incluso a buenas edades. Las humanidades pierden terreno, pues lo que importa son los datos y lo que cuadre dentro de estructuras matemáticas o estadísticas aplicables a la “solución de problemas”. Y el resto del resto son los que no tienen educación académica y quedan destinados a servir a los que concentran el dinero. Huelga decir que los salarios son bajos, sin suficiente poder adquisitivo.

Mounk señala que las normas democráticas se están perdiendo en Occidente. Los medios de comunicación tradicionales ya no exigen lectores calmados, reflexivos, a los que les preocupa una noticia. Las redes democratizan los ataques, la velocidad de las divisiones entre partidarios favorecen mensajes sin contenido reflexivo. Facebook, Twitter y otras vías se convierten en medios para hacer campañas difamatorias, exaltar liderazgos, incidir en las preferencias electorales, hacer memes graciosos que contienen agresiones severas y

deforman la realidad. En esos términos, se anula el contacto de la gente con sus gobernantes. Quien tenga más donantes y seguidores en las redes se hará del poder. Hoy hay más burócratas que nunca. Abundan, por ejemplo, legisladores que crean comisiones y subcomisiones que no hacen nada. La representación del pueblo en manos de funcionarios ha dejado de ser lo que Weber pensaba cuando hablaba del magistrado que se tomaba en serio su trabajo. El pueblo ya no sabe ni entiende lo que sus representantes deciden:

Los organismos independientes no se limitan actualmente a tomar decisiones sobre unos pocos casos de gran impacto mediático: son también los responsables de la inmensa mayoría de las leyes, normas y regulaciones. En 2007, por ejemplo, el Congreso de Estados Unidos aprobó 138 leyes. Ese mismo año, los organismos federales estadounidenses ultimaron 2926 normas. Y no está nada claro que los electores dispongan de supervisión efectiva alguna sobre esas regulaciones que los vinculan.³

En la medida en que los bancos centrales fijan las tasas de interés y el tipo de cambio, y determinan las reservas que entran o salen del mercado para controlar el valor de las divisas, los tecnócratas adquieren poder. Los

³ *Ibid.*, 71.

políticos de vieja guardia se rezagan. Quien no sepa economía está fuera del juego de la política. Y eso significa que el derecho a participar políticamente se pierde al lado de las decisiones económicas, que al final son las que importan.

Hoy, el control judicial de la constitucionalidad se liga a la defensa de los derechos individuales y al Estado de derecho. Cada vez es más importante que se defiendan la constitución en un mundo de valores materiales donde la riqueza y los intereses de las grandes corporaciones son los que importan. Los derechos de las minorías corren peligro justo cuando la democracia liberal entra en crisis.

Los tratados comerciales son importantes porque se supone que fortalecen a los Estados contratantes. Pero en realidad les restan soberanía. En el caso de esos acuerdos comerciales, los países tienen que ceder en materia de aranceles, condiciones laborales y condiciones de producción, de modo que los beneficios se puedan compartir. En el mundo actual los tratados son impugnados, como es el caso de Trump con México y el TLCAN. El mercado común limita la soberanía de los Estados. Eso es algo que explotan hasta el cansancio los populistas.

El dinero en las campañas electorales de todo tipo es un elemento que pone el peso de la balanza a favor de quien tiene más para gastar en publi-

cidad, contar con el apoyo de donantes y servir a sus intereses. Entonces, los funcionarios electos no ven por el pueblo: se valen del pueblo y luego sirven a la gente del dinero. Así:

Las aportaciones de campaña son un problema especialmente extendido en países que, como Estados Unidos, aplican unos límites sumamente laxos en materia de gastos electorales. De resultas de ello, el gasto total en las elecciones estadounidenses no ha dejado de crecer en estas últimas décadas y se sitúa ahora en niveles sin precedentes. En 2012, por ejemplo, “el gasto declarado en campañas electorales federales [...] alcanzó cerca de los 6,300 millones de dólares” o, lo que es lo mismo, más del doble del PIB anual total de un país africano como Burundi.⁴

Por eso, los políticos se sienten atrapados en un sistema que no los deja respirar, que no pueden cambiar. El dinero blando apoya temas de campaña, no tanto a candidatos. Pero si, por ejemplo, conviene contaminar para mantener altos niveles de producción, entonces habrá dinero para el candidato que diga que el cambio climático es una mentira. Gracias a los esfuerzos del ahora fallecido senador John McCain, ese dinero blando no entra en la política, o al menos, no va a la alza. Empero, recientemente ha vuelto

⁴*Ibid.*, 87.

NOTAS

a usarse y en eso consiste el cabildeo. Se buscan donantes y dinero a cambio de lo que sea. Eso mata a la democracia liberal. Mounk señala que el hecho de que se obtengan cargos de elección gracias a donaciones o a la acción de grupos de presión no significa que esas autoridades sean corruptas, como pensaba el juez Kennedy. No se toma como acto de corrupción el hecho de que los cabilderos redacten partes de las legislaciones. Envían generosos donativos para gastos de campaña a cambio de que ciertos elementos queden incorporados a las leyes. Y eso beneficia a grandes empresas. Así es el sistema, por lo que no se puede criticar a los políticos. Así como Trump financió a Hillary Clinton cuando ella contendió contra Obama y después la atacó por recibir dinero de diversos cabilderos. Esa hipocresía revela las reglas del juego.

Además, el entorno social es de masas insidiosas, que solamente asisten a actos de campaña para escuchar las promesas que quieren oír. Las campañas que se hacen para recaudar fondos ahora recurren a internet, las redes sociales, los bancos. El entorno se adapta a la manera de recaudar. El problema es que se pide dinero a gente sin educación. Esa gente termina donando desde un dólar hasta miles, si escucha algo popular. Trump vendió la idea de que Estados Unidos sería

grande de nuevo. Culpó a México y a los terroristas de los problemas de su país. Pidió un muro para impedir la invasión de mexicanos y centroamericanos. Y eso bastó. Ese simplismo le dio los votos y las donaciones que lo llevaron a la presidencia. Como señala el autor:

En el conjunto de la población de Estados Unidos, menos de una de cada doscientas personas tiene un título universitario en derecho. En la Cámara de Representantes, esa proporción es de más de una de cada tres. En el Senado, es de más de la mitad. Las estadísticas de los niveles de riqueza son igual de llamativas. El valor mediano de la distribución de patrimonio neto individual de los adultos estadounidenses se situaba hace poco en casi 45,000 dólares. Sin embargo, el patrimonio neto individual mediano del conjunto de los congresistas multiplica esa cifra por más de diez, y el de los senadores por separado es más elevado aún.⁵

Es decir, la gente ignorante dona mucho dinero a políticos que se benefician mucho y que están muy preparados. Eso no puede ser considerado democrático. Es parte de un sistema que aísla a los congresistas de sus votantes. Por otro lado, los jóvenes no son la solución porque viven desinteresados de la política, apenas

⁵ *Ibid.*, 94.

ocupados en sus estudios o en conseguir trabajo, y distraídos en sus redes sociales. La gran división social y cultural existente hace que la democracia se convierta en una palabra hueca. En suma, concluye Mounk, con el objeto de explicar el arribo al poder de los populismos:

En todo Occidente, estas últimas tres décadas han estado marcadas por el creciente papel de los tribunales, los organismos administrativos, los bancos centrales y las instituciones supranacionales. Al mismo tiempo, se ha registrado un rápido crecimiento de los grupos de presión, del dinero gastado en campañas electorales y la brecha que separa a las élites políticas del pueblo al que supuestamente representan. En la práctica, y tomados en su conjunto, estos fenómenos han aislado el sistema político de la voluntad popular.⁶

Si la democracia liberal entra en crisis, las soluciones que se buscan son fáciles. Las decisiones políticas se alejan de la voluntad popular. A veces con razón. El caso de Grecia y su deuda es emblemático: un pueblo volcado en las calles que exigía al gobierno no pagar la deuda externa tuvo, empero, que negociar con los países europeos, y dirigentes como Angela Merkel no estaban dispuestos a condonar esa deuda de acuerdo con los

⁶ *Ibid.*, 98.

intereses de la propia Unión Europea. La permanencia de Grecia en la Unión dependía de que los dirigentes no escucharan las demandas del pueblo. En ese caso, la democracia de la gente no se vio representada en las decisiones técnicas de los economistas, no solamente por convenir así a los intereses de Grecia, sino por acatar la voluntad popular de los demás países europeos. Vivimos en un mundo complejo:

El mundo en que hoy vivimos es muy complejo. Para mantener la economía en funcionamiento y evitar grandes desastres, necesitamos regular la banca y hacer cumplir normas de protección del consumidor, vigilar la formación y la trayectoria de los huracanes, o inspeccionar las centrales eléctricas, por ejemplo. Existen muchas formas distintas de organizar la realización de esas tareas. Es lógico que se promuevan reformas que den a los legislativos más poder para establecer las normas necesarias y para hacer que los organismos administrativos que vigilan el cumplimiento de esas normas rindan cuentas de su funcionamiento.⁷

Todas las reglamentaciones y normativas para diseñar el funcionamiento adecuado de esos organismos requieren muchos conocimientos técnicos, de modo que el pueblo no

⁷ *Ibid.*, 100-101.

puede ser consultado para efectos de saber lo que se debe hacer. La abolición de esas instituciones tecnocráticas es delicada, y preguntar a la gente es más delicado todavía. Se requiere, entonces, que en nombre del pueblo los gobernantes electos apelen a organismos técnicos que tomen decisiones complejas. En la medida en que eso beneficia al conjunto, la democracia liberal funciona. El problema es que la relación entre liberalismo y democracia plantea una red intrincada de dificultades. Son indispensables ciertas instituciones que contrapesan a las mayorías. Tribunales, institutos de competencia, organismos reguladores protegen derechos de minorías. Si no fuera por esas organizaciones, muchas de las minorías étnicas y religiosas estarían en peligro. Pero en países como Turquía o Hungría se ha visto que las decisiones del pueblo se imponen a tribunales y jueces, y llevan procesos que parecen más democráticos. A la larga, esa democracia del pueblo facilita que un líder autócrata tome los reclamos populares como bandera, y que llegando al poder haga caso omiso de lo que los especialistas recomiendan.

Hay una doble crisis de la democracia liberal. Por un lado, el pueblo elige representantes iliberales que tienden a violentar la separación de poderes. Incluso hay líderes que desoyen a la gente y toman decisiones de

modo personal en nombre del pueblo que los eligió, pero violentando la representación. Muchos populistas ignoran por qué las élites económicas toman las decisiones y al suprimirlas cometen atropellos, arriesgan la estabilidad económica de todo un país.

Sin embargo, no podemos dejar todo en manos de los expertos. Lo que se necesita es equilibrar esas instituciones, de modo que por un lado haya técnicos que expliquen lo que se tiene que hacer con un alto sentido de responsabilidad social. Es decir, la decisión técnica no puede ir en contra de la voluntad general. La conciliación de ambas genera una tensión. El choque entre los tecnócratas y el pueblo, o entre lo que quiere el pueblo y lo que deciden los técnicos, es el origen de populismos perniciosos.

El liberalismo y la democracia son valores irrenunciables. Si nos obligan a renunciar a los derechos individuales o a la voluntad popular, se nos pedirá que hagamos una elección imposible. Hablar de un liberalismo no democrático solo conduce a problemas de estabilidad. Pero un sistema que preconiza lo popular por encima de los derechos individuales acaba yendo contra el pueblo mismo. Si se defienden los derechos contra la voluntad general se termina en el individualismo; pero si se defiende la voluntad general contra los derechos

individuales se pierden las libertades a favor de decisiones meramente populares. Cuando se sacrifican los derechos individuales para defender la voluntad general, lo primero que se pierde es el derecho a pensar diferente. El tema de la voluntad general remite a la idea de una democracia imperfecta:

Se supone, pues, que en países como Francia o Estados Unidos la democracia está “consolidada”. Pero si el liberalismo y la democracia no forman una amalgama tan estable como los expertos creían desde hace tiempo, y si cada uno de esos valores se vuelve más vulnerable aun en ausencia del otro, entonces nuestro sistema político parece enfrentarse a una amenaza mayor de lo que habíamos admitido hasta ahora. ¿Son nuestras democracias liberales imperfectas actuales realmente tan seguras como hemos creído todo el tiempo?⁸

Yascha Mounk sostiene que ese equilibrio entre derechos y voluntad general se está perdiendo. En nombre de lo individual se sacrifican intereses colectivos. O en nombre de lo colectivo se reprime lo individual. En general, lo liberal apunta a conceptos como representación y especialidad. Los que representan al pueblo saben lo que al pueblo le conviene. Las élites del poder, del dinero y del saber deben

⁸ *Ibid.*, 103.

tomar las decisiones. Cuando la voluntad del pueblo no concuerda con esas decisiones, entonces los representantes no pueden tomar decisiones elitistas. Pero cuando se impone la voluntad de la mayoría, entonces los derechos individuales son suprimidos si no convienen a la mayoría, y eso pone en riesgo a las minorías, mujeres, discapacitados, los que piensan de modo diferente, los críticos del sistema, las religiones diversas, quienes no piensan como piensa la voluntad general. El líder populista suele decir que encarna la decisión del pueblo, y decide aun a costa de lo que es técnicamente recomendable.

La democracia se está desconsolidando. Hay un desencanto de la democracia y cada vez más gente está a favor de sistemas autoritarios. Las normas democráticas dejan de acatarse. Para colmo, los jóvenes dejan de ser la solución y la esperanza puesta en ellos decae.

El desaliento

Dice Mounk:

Al menos, tres cosas —diría yo— tendrían que cumplirse para que consideráramos que la democracia continúa siendo la única alternativa [...]: La mayoría de los ciudadanos deberían estar muy comprometidos con la democracia liberal.

La mayoría de los ciudadanos tendrían que rechazar las alternativas autoritarias a la democracia.

Los partidos y los movimientos políticos con poder real han de estar de acuerdo con la importancia de las reglas y las normas democráticas básicas.

[...] Si los mejores datos disponibles mostraran que muchos ciudadanos son críticos, no ya con los gobiernos concretos, sino con la democracia en sí, dotarían de credibilidad real al temor de que la democracia no sea ya la única alternativa disponible.⁹

Una serie de elementos indican que, en efecto, hay una masa acrítica que no confía en la democracia liberal. Los ciudadanos ya no creen en ella. Los mileniales están dispuestos a votar por la derecha o por la izquierda, tal vez porque no han vivido en esos regímenes. Y tienden a defender líderes autoritarios. A tono con los superhéroes, la velocidad, las redes sociales y el desencanto de no ver un futuro para ellos, los jóvenes no creen en los políticos y en la representación. Rechazan la democracia como sistema político, aunque no el concepto de asamblea o diálogo participativo. En Estados Unidos uno de cada cuatro mileniales desconfía de la democracia, en contraste con lo que piensan los de mayor edad. Evidentemente, el apoyo a un líder fuerte que

⁹*Ibid.*, 110.

no respete al Congreso cedería el poder a un dictador. Independientemente de eso, los jóvenes y muchos adultos estadounidenses están a favor de un líder fuerte. En 2011, 44% de los estadounidenses preferían un líder fuerte que no le hiciera caso al Congreso, ya fuera un buen líder o no. Lo bueno es que el número de personas que preferirían un régimen militar es menor. En 1995, solo uno de cada quince estadounidenses pensaba que los militares gobernarían mejor. No obstante, los sectores más pobres de esa sociedad estaban dispuestos a apoyar una forma de gobierno militar. En 2000, la mitad de la población de ese país aprobaba la idea de tener un líder fuerte.

Actualmente, los políticos profesionales ven la política como un deporte cuyas reglas se tienen que respetar. Todos quieren tener ventaja sobre sus oponentes, pero parten de la premisa de que el juego es limpio. Hay enemigos y adversarios, y en política los enemigos no existen (a menos que se piense como Carl Schmitt).¹⁰

Lamentablemente, lo que tenemos son enemigos, exceso en los gastos de campañas, manipulación mediática, ataque a los medios críticos, imposi-

¹⁰Carl Schmitt fue un pensador y jurista alemán. Fue abogado de Hitler, lo que lo hace muy polémico. Se defendió a sí mismo en los juicios de Núremberg, y escribió dos obras fundamentales: *El concepto de lo político* (1932) y *Ex captivitate salus, experiencias de la época 1945-1947* (1950).

ción de magistrados a modo, improvisados sin experiencia que prometen todo sin decir cómo harán las cosas. Falta de ideologías y programas claros. Las normas democráticas se rompen y el teatro de discursos sin contenido y la intolerancia se expresan continuamente:

La razón por la que estos populistas y neófitos políticos están tan dispuestos a poner en cuestión normas democráticas básicas es, en parte, tácita: cuando rompen con tales normas, los populistas concitan la condena unánime de los miembros del orden político establecido. Y eso, como es evidente, demuestra que, tal como ellos mismos anunciaban, los populistas de verdad representan una ruptura radical con el *statu quo*. Hay, pues, algo teatral en la tendencia de los populistas a quebrantar las normas democráticas.¹¹

Los ejemplos sobran. Nicolás Sarkozy reconocía el cambio climático y sus problemas desde la resistencia política de la oposición, pero cuando fue candidato a las elecciones presidenciales de 2016 rechazó que hubiera “cambio climático”, buscando el voto de la extrema derecha. La izquierda democrática de Estados Unidos manipula reconfigurando las circunscripciones electorales a la vez que el demócrata Obama extendió

¹¹ Mounk, *El pueblo contra la democracia*, 121.

alarmantemente sus poderes para llevar a juicio a muchos periodistas porque suponía que usaban información clasificada. Los republicanos se excedieron en el uso de sus atribuciones para congelar y aislar al presidente Obama, con el fin de ganar la Casa Blanca para Trump, que desprecia todas las instituciones.

Trump atropelló todas las normas democráticas como nadie lo había hecho. Durante la campaña, prometió encarcelar a sus oponentes políticos. Se negó a decir públicamente que aceptaría el triunfo de Hillary Clinton. Intimidó a la prensa extranjera. Invitó a Rusia a frenar a Hillary Clinton. Formuló acusaciones infundadas de fraude electoral. Y luego elogió a Putin cuando se acusó a los rusos de estar atrás de su triunfo electoral. La lista es interminable y cotidiana. Removió al director del FBI, James Comey, por sostener que hubo infiltración rusa en la campaña presidencial, impuso un juez ultraconservador, detuvo la investigación de Mueller por obstrucción a la justicia, atacó a CNN arguyendo que todas las noticias de ese medio eran falsas y un largo etcétera.

Las redes sociales

Hacia 2014 y 2015 los tecnooptimistas pensaban que las redes sociales serían la condición para fortalecer la democracia. Cada vez más personas

usan esos medios para difundir horizontalmente ideas, críticas, que permiten una participación masiva como jamás hubo en la historia. Las ideas de opositores odiados podrían estar en Facebook o Twitter y ser debatidas, rebajando el nivel de ese odio para entablar un diálogo conciliador. El objetivo teórico de las redes era que esos opositores fueran vistos como cámaras de resonancia. Cada persona buscaría sus fuentes de información. Todos estarían activos en la necesidad de participar de la cosa pública. Y los partidarios de un bando o de otro pondrían un “me gusta” a favor de alguna idea o dirían lo que piensan en sentido opuesto. La democratización de los medios parecía haberse alcanzado.

158 Sin embargo, la ascensión de Donald Trump fue posible porque se hizo uso de esos medios transgrediendo todo límite a lo que se puede o no decir. Las cadenas de televisión pueden editar y negarse a difundir las mentiras que dice Trump, pero no hay manera de controlar esas mentiras en las redes digitales. Trump pudo tuitear a millones de seguidores calumnias, mentiras, descalificaciones y sus acostumbradas amenazas. Muchas de las noticias fabricadas y divulgadas en portales como Vdare, Info Wars y American Renaissance eran inverosímiles y sensacionalistas, y resulta increíble que hubiese gente que las

creyera. Se dijo que “el papa Francisco apoya a Donald Trump como candidato para la presidencia” o que “Hillary Clinton controlaba una red satánica”. Al poco tiempo millones pensaban que Clinton era una mujer maligna. Roberto Rodríguez-Andrés afirma que, desde los inicios de su campaña, Brad Pascale, director digital de la campaña, hizo ver a Donald Trump que no merecía la pena malgastar dinero en difusión televisada. Mientras que candidatos republicanos como Bush o Rubio habían gastado en publicidad televisiva 82 y 55 millones de dólares, la inversión de Trump fue tan solo de 10 millones. La pericia del candidato republicano consistió en ejecutar una campaña híbrida, en la que el entorno electrónico acabó por desplazar a los medios tradicionales. En algunos análisis se ha visto que, de enero de 2016 al día de las elecciones, Trump produjo más tuits que su adversaria, 20 millones en total.¹² Así, los medios se convirtieron en agentes exterminadores. No importa si los tuits contienen frivolidades y mentiras sin que nadie controle los efectos.

No obstante, ante los autoritarismos, son los medios digitales el camino para que la verdad democrática se dé a conocer. Es claro lo que acontece en Venezuela, los excesos de Maduro

¹²Véase: Roberto Rodríguez-Andrés, “Trump 2016: ¿presidente gracias a las redes sociales?”, *Palabra Clave* 21, núm. 3 (2018): 831-859.

se difunden por las redes sociales. De esa manera la democracia se defiende de la dictadura. Por el lado médico, la gente puede consultar información que antes no tenía. Nuevas enfermedades, pero también tratamientos alternativos que usan las redes y salvan vidas. La telefonía móvil comunicó aldeas distantes en países pobres, pero también facilitó el narcotráfico, la dispersión de drogas, la movilización de los terroristas.

Los medios tecnológicos de la era digital muestran el dilema moral en términos de su uso para causas buenas o malas. Abren espacios de expresión, pero también permiten el acceso inmediato a la manipulación.

Hoy por hoy, son los populistas quienes han sacado más provecho de esas redes. No obstante, la capacidad de respuesta es inmediata, de modo que la velocidad de decir y contradecir causa más confusión que claridad. Los que tienen acceso a esas redes, a los mejores teléfonos inteligentes, tienen más poder que los marginados. Pero a la vez, muchos marginados pueden usar esos medios para tener más poder que en el pasado.

Lo económico

El crecimiento económico de la era industrial y el posterior a las guerras mundiales elevó la calidad de vida de la generación de la década de 1960.

Las personas tenían refrigeradores, coches, televisores, aviones, empleos, seguros médicos... cosas que no se conocían apenas treinta años atrás. La economía del bienestar lo potenciaba gracias al avance de la ciencia, de la tecnología aplicada y el proteccionismo de los Estados. Empero, a partir de la década de 1980, en el modelo neoliberal las condiciones económicas han empeorado para la mayoría de la gente. Esto es evidente:

Esta transformación ha resultado especialmente dolorosa para personas de cierta edad, que han visto su progreso económico paralizado al llegar a la madurez. Pero es más alarmante aún para muchas personas jóvenes a quienes se educó en el principio de que su esfuerzo y su trabajo se traducirían en una mejora de su futuro económico, y que, en vez de ello, han visto cómo van quedándose sistemáticamente por debajo de los niveles alcanzados por sus padres y madres a su misma edad. De hecho, el número de personas que no han experimentado personalmente mejora alguna de su situación económica se ha multiplicado en años recientes [...] Cuando a las personas se les pregunta qué tal les va, comentan los autores de este estudio, “muchas veces comparan su propio nivel de vida con el de sus padres” [...] Cuando cumplieron los treinta años, más de nueve de cada diez estadounidenses nacidos en 1940 ganaba más que sus padres en aquella

NOTAS

misma fase de sus vidas. Sin embargo, solo uno de cada dos estadounidenses nacidos en 1980 gana más que sus padres a esa misma edad.¹³

Así, el miedo a un futuro incierto crece. Conceder a los políticos el beneficio de la duda se ha evaporado. La ansiedad económica puede inclinar a votar por populistas. Entre los electores que dicen estar a favor de Trump es menor la probabilidad de encontrar titulados universitarios o profesionales. Esos electores viven en localidades con los peores índices de salud, menor movilidad social, menor capital social y menor acceso a la seguridad social.

Muchas compañías van a la quiebra. Cada día es más difícil hacerse de un coche nuevo, pagar la hipoteca o la colegiatura de una buena escuela para los hijos. A pocos kilómetros de los vecindarios donde se vive en paz hay otros barrios violentos, los niveles de delincuencia suben. El flujo de inmigrantes se incrementa y los nacionales se preguntan por qué aceptar extranjeros si en casa no hay empleos suficientes.

El sentimiento de un impulso hacia adelante, de progreso, se pierde en países donde la gente confiaba en que todo marchaba bien. Los que alguna vez vivimos en sociedades de

abundancia, ahora pensamos que eso ha terminado. Se acabaron las épocas de crecimiento en las que a una generación nueva la iba mejor que a la anterior.

Identidad

A medida que el fervor nacionalista se intensifica, la exclusión de los extranjeros remite a la tesis de que “ellos no pertenecen a lo que somos en la nación”. De modo que los nacionalistas distinguen entre los que pertenecen y los que no. El pluralismo da cabida a todos. Promueve que los que vienen de fuera sean incluidos en una unidad en lo diverso. Eso enriquece la cultura de una nación pluriétnica. Pero la idea de unidad de raza, territorio y Estado origina un movimiento tendiente a la homogeneidad. Si la economía va mal, habrá una tendencia a la homogeneidad. Si además hay redes que facilitan la planeación de atentados terroristas, se acentúa la tendencia a cerrar fronteras. Cuando los flujos migratorios rebasan la capacidad de la infraestructura para atender a los que llegan, la gente exige a la clase política que se protejan los sistemas a favor de los nacionales. En las normas de la democracia liberal, todos caben. Las instituciones liberales entraron en crisis en socie-

¹³ Mounk, *El pueblo contra la democracia*, 160-161.

dades heterogéneas cuando, en nombre del pueblo, los fascistas se hicieron del poder. El mensaje es: el pueblo es uno y monoétnico, y todo lo que no represente esa homogeneidad es contrario a la unidad. Por ende, lo heterogéneo destruye al conjunto social. El enemigo de un proyecto de nación son las instituciones liberales. Esa es la lógica populista. Dice Mounk:

La homogeneidad étnica no solo contribuyó al éxito de esas nuevas democracias, sino que, de manera igualmente importante, condicionó cómo estas terminaron definiéndose a sí mismas. En marcado contraste con los imperios multinacionales que habían dominado la política europea en los siglos anteriores, esas democracias eran totalmente monoétnicas. Ser alemán o italiano —como ser sueco u holandés— significaba ser descendiente de un origen étnico particular [...]

Desde el momento en que comenzó esa llegada masiva de inmigrantes a sociedades que se definían a sí mismas por una cultura y un origen étnico compartidos, la tensión entre teoría y práctica se fue volviendo cada vez más explosiva. [...] Los temores que despierta la inmigración son ahora uno de los temas que más inquietan a los votantes de toda Europa. En 2016, por ejemplo, un 71% de los daneses, un 67% de los húngaros y un 57% de los alemanes eligieron

la inmigración como problema político más preocupante [...] En Estados Unidos, por su parte, un 70% del electorado señaló la inmigración como un factor muy importante para su voto en las elecciones de 2016, frente al 41% que la había destacado en 2012.¹⁴

A pesar de que Estados Unidos es un país de inmigrantes, la idea de honrar una bandera, los valores que representa y la idea de república que constituye la unión son principios que han estado ahí siempre. Ser estadounidense configura ya una manera de ser y pensar, un territorio que defender, un sentimiento nacional poderoso. El aumento de la población latina y musulmana se ha acelerado, y con eso también la ira de Donald Trump. La pregunta sobre el origen étnico nacional de Barak Obama hacía prever que 41% de los que pensaban que Obama había nacido en Kenia votarían por Trump. Con todo, decir que los Estados Unidos es un país abierto a nativos, africanos, latinos, mexicanos o asiáticos como una constante, no significa decir que no se trate de grupos minoritarios muy reprimidos.

La geografía de la inmigración pone de relieve los condados pequeños donde hay pocos inmigrados. Las ciudades grandes con muchos migrantes

¹⁴ *Ibid.*, 170-171.

NOTAS

propician la tolerancia. Eso explica que Trump haya ganado votos en pueblos o condados pequeños, incluso en California o Nueva York, donde la población no inmigrante defendió la idea de “pureza” racial. Quienes tienen que empezar a tratar con inmigrantes suelen ser racistas, y por ende, proclives al populismo. Esto ocurre independientemente de que en esos lugares remotos o aislados la oleada masiva de inmigrantes no se dejó sentir.

Aunada a la ansiedad económica hay una ansiedad demográfica que tiene que ver con el hecho de que los habitantes originales no inmigrantes tienen pocos hijos. La tendencia es cero. Si los adultos entre 30 y 45 años en Francia o Alemania escasamente tienen un hijo por pareja, los musulmanes tienen cuatro. El temor de que la nación alemana con alemanes se convierta en una nación alemana de musulmanes produce una fuerte resistencia a la inmigración. Y eso se percibe en países como Hungría, donde los aspirantes sirios son separados con alambres de púas. Lo mismo pasa en Estados Unidos, donde la población latina crece exponencialmente.

Hay poco empleo y el que hay es para los extranjeros. Eso no se tolera y nutre los sentimientos nacionalistas más extremos. El populismo explota esas ansiedades con un correlato: hay menos empleo a causa de los inmigrantes. Ergo, hay que cerrar las

fronteras, proteger el empleo para los nacionales, expulsar a los inmigrantes, frenar los tratados comerciales internacionales, regular el comercio.

Maslow

Conocemos las ideas de Maslow. En la base de su pirámide se encuentran las necesidades más elementales, urgentes para la supervivencia. La comida, el techo y cierta seguridad de integridad física son necesidades vitales. Quien no come, no tiene un techo o carece de medicamentos simplemente muere o está en riesgo. Las necesidades ascienden al plano del empleo y la seguridad, la amistad y el amor, el reconocimiento y el respeto, y culminan en la moralidad, el civismo, el conocimiento y la capacidad de resolver los problemas que plantea la vida.

En la década de 1970, Ronald Inglehart decía que cuando una sociedad atraviesa por situaciones de escasez aguda, el riesgo de estallidos violentos es muy alto. El enfrentamiento más hostil contra el Estado proviene de los estratos más bajos. Así, los votantes más pobres elegirán a los políticos que prometen un Estado de bienestar y abogan por la distribución del ingreso. Los votantes ricos elegirán a los políticos que apoyan proyectos financieros, industriales y universi-

tarios, y que protegen los intereses de la clase poderosa. El peligro de los inmigrantes es mayor desde este punto de vista, porque apenas comen, visten, se enferman, no tienen empleo y representan un peligro para la seguridad de los demás. Esos inmigrantes son vistos como “delincuentes potenciales”. Por eso, los límites morales, étnicos y nacionales determinan electores que defienden a su propio grupo y atacan a las minorías religiosas y raciales que se apartan del segmento. Si la mayoría vive en los niveles más altos de la pirámide, entonces el racismo se ejercerá contra los que apenas tratan de satisfacer las necesidades básicas.

Además, cuando el crecimiento económico es lento, la satisfacción de las necesidades es igualmente lenta, de modo que la competencia por los recursos es más fuerte. Por eso, los ricos incrementan su riqueza a costa de los pobres. Si solo se crece al 2% anual, hay poco que repartir. Y los que más tienen se lo apropian.

En términos de Maslow, los blancos sienten enojo, ansiedad, pues su autorrealización se aleja. La molestia que causan los inmigrantes y las minorías étnicas es mayor, porque los recursos que se distraen para que esos seres humanos coman y tengan servicios impide que los mejor situados se autorrealicen.

Hoy estamos ante un nuevo tipo de votante, al que Yascha Mounk llama “votante posmaterialista”.

Conclusión

Es necesario fortalecer la democracia por medio de la consolidación de la separación de poderes. El Congreso tiene que realizar la función de poner límites al ejecutivo. La defensa de la Constitución depende de ese límite, por el que un poder efectivamente limita al otro. Es claro que la Constitución no puede defenderse a sí misma. Por ende, hacen falta representantes preparados y comprometidos.

Al mismo tiempo, se necesita mejorar la economía. No puede seguir concentrándose la riqueza; se tiene que distribuir. La creación de empleos y la garantía del bienestar dependen de que haya en todo momento mayor productividad (producir más, con calidad, en el menor tiempo). Eso significa generar confianza en el gobierno. Dejar todo a las fuerzas del mercado es un acto irresponsable, pero también lo es frenar el mercado.

El nacionalismo no tiene nada de malo. Lo que debe alertarnos es un nacionalismo intolerante en cuyo nombre se establece la exclusión de los “otros”, que son los que no pertenecen a la nación. Fomentar la tolerancia es más fácil si se fortalece la

NOTAS

democracia y el empleo, y si el extranjero es incorporado a la sociedad de acogida.

Es preciso defender la libertad, la igualdad y la verdad. Regresar a nuestros valores. Dice Mounk:

He pensado mucho en los estoicos en estos últimos meses. Hay algo deprimentemente austero en su visión del mundo. Como ellos mismos reconocían, el único modo de hacerse con el completo control de su destino es volviéndose indiferente a todo lo que nos rodea. Si amas a otra persona, es imposible que seas feliz cuando algo terrible le ocurre a él o a ella. Si te gustan tus conciudadanos, no puedes sentirte satisfecho

si sufren dificultades económicas o discriminación racial. Y si te importan valores como la libertad o la igualdad, no puedes estar tranquilo como si nada cuando la suerte misma de la democracia liberal pende de un hilo.¹⁵

Contra el populismo, usar los medios para alzar la voz. Tomar la calle, presionar a los partidos para que se organicen, fortalecer el estado de derecho, tener un poder judicial fuerte y competente, y crear ciudadanos más reflexivos por medio de la educación.

Si no se hace nada de lo anterior, el ascenso del populismo podría ser irreversible.

¹⁵ *Ibid.*, 271.